

cionada á la poesía y hacía versos, de los cuales hallamos un fragmento en la biografía escrita por Schwab.

Bürger, verdadero genio poético á quien quizá corresponde el primer puesto después de Goethe entre los poetas alemanes, pues junto á sus baladas las de Schiller resultan frías y afectadas, ha dejado noticias muy importantes para nosotros sobre sus padres, noticias que su médico y amigo Althof reproduce en estos términos en la biografía publicada en 1898: «El padre de Bürger no carecía de instrucción, dados los estudios que se hacían en aquel tiempo, y era un hombre bueno y honrado, pero que prefería á todo su inacción y su pipa, por lo cual necesitaba hacer un esfuerzo, tomar carrera, como decía mi amigo, para dar lección un cuarto de hora á su hijo. Su esposa era de inteligencia extraordinaria, pero tan poco instruída, que apenas sabía escribir con caracteres legibles. Bürger estaba convencido de que, si hubiese tenido su madre una instrucción suficiente, habría llegado á ser la mujer más notable de su tiempo, aunque más de una vez tuvo que desaprobare enérgicamente ciertos rasgos de su carácter moral. Con todo, creía haber heredado de ella algunas de sus disposiciones intelectuales y parecerse á su padre en el carácter.» La madre de Walter Scott era poetisa, y mantenía relaciones de amistad con los ingenios reputados de su tiempo, como se ve en el artículo necrológico sobre Walter Scott, publicado por *The Globe* del 24 de Setiembre de 1832. Algunas de sus poesías fueron impresas en 1789. He hallado estas noticias en un artículo titulado *Mutterwitz* en las *Blätter für litterarische Unterhaltung* editado por Brockhaus; el artículo enumera una multitud de hombres célebres, cuyas madres fueron mujeres de talento; me limito á tomar de

este trabajo las dos citas siguientes: La madre de Bacon era muy versada en la filología y habia compuesto y traducido diversas obras, en las cuales dió pruebas de erudición, de sagacidad y de gusto. La madre de Boerhave se distinguía por sus conocimientos en medicina. Por otra parte, Haller nos ha conservado un ejemplo concluyente de la herencia de la debilidad intelectual de las madres; he aquí en efecto, lo que refiere: «*E duabus patriciis sororibus ob divitias maritos nactis, quum tamen fatuis essent proximæ, noximus in nobilissimas gentes nunc a saeculo retro ejus morbi manasse semina, ut etiam in quarta generatione, quinta-ve, omnium posteriorum, aliqui fatui supersint.* (*Elementa physiol.*, l. XXIX, § 8.)» Según Esquirol, la locura se transmite con más frecuencia por la madre que por el padre. Por mi parte, aun en los casos en que haya sido heredada de éste, la atribuyo más bien á las disposiciones morales que en él la provocaron.

Parece resultar, de lo que venimos exponiendo, que los hijos de una misma madre tendrían la misma inteligencia, y que si uno tiene gran talento, deberían tenerlo también los otros. Esto ha ocurrido á veces, como los vemos en Carraccios, José y Miguel Haydn, Bernardoy Andrés Romberg, Jorge y Federico Cuvier. Añadiría los hermanos Schlegel, si Federico el menor, por el odioso oscurantismo que profesó en el último período de su vida, de acuerdo con Adam Müller, no le hiciese indigno de ser citado junto al excelente Augusto Guillermo su hermano mayor, tan irreprochable y al mismo tiempo de talento tan eminente. Tengo al oscurantismo por un pecado, si no contra el Espíritu santo, contra el espíritu humano. Es un crimen irremisible y hay que echárselo siempre en cara á su autor, sin transigir jamás, y despreciándole por

ello hasta la muerte. Ocurre también, que la conclusión á que he aludido no se comprueba en otros casos; el hermano de Kant, por ejemplo, era un espíritu completamente vulgar. Para explicarse esto hay que recordar lo que dije en el cap. XXXI, sobre las condiciones fisiológicas del genio. No sólo es indispensable un cerebro extraordinariamente desarrollado y de organización perfecta (este es el contingente materno), sino también una circulación muy enérgica que venga á animarlo, es decir, subjetivamente una voluntad apasionada, un temperamento vivo, lo cual pertenece á la herencia paterna. Mas en el padre el temperamento no está en su apogeo más que en los años de pleno vigor y las madres envejecen todavía más deprisa. Por consiguiente, los hijos primogénitos, concebidos por padres en todo el vigor de la edad, suelen ser los de mejores dotes; el hermano de Kant tenía once años menos que éste. Aun entre dos hermanos eminentes, el mayor será generalmente el superior. Mas no sólo la edad, sino cualquier disminución pasajera de fuerzas, ó cualquier otra alteración en la salud de los padres en el momento de la concepción, pueden perjudicar al contingente aportado por cada uno de ellos y hacer ilusoria la probabilidad de dar el ser á un talento eminente, cuando esta probabilidad, ya de suyo es tan rara por el conjunto de condiciones que exige. Dicho sea de paso, la identidad de condiciones en el acto de la concepción, es lo que explica la casi identidad de los gemelos en su manera de ser.

Si se diese el caso de un hijo dotado de inteligencia superior, cuya madre no se hubiera distinguido en este respecto, habría que atribuirlo á que la madre, probablemente, tuvo un padre flemático que no pudo transmitirla un sistema sanguíneo bastante enérgico

para alimentar convenientemente un cerebro muy desarrollado, lo cual es indispensable como expliqué en el cap. XXXI. Con todo, la madre transmitiría al hijo un sistema nervioso y cerebral perfecto, al cual pudo añadir el resto de las condiciones somáticas necesarias para formar una verdadera potencia intelectual, un padre dotado de temperamento vivo y apasionado y de circulación enérgica. Quizá se encontró en este caso lord Byron, pues nunca hemos oído hablar de las cualidades intelectuales de su madre. La misma explicación sirve para el caso en que la madre inteligente de un genio fuese hija de una madre poco inteligente, el padre de esta última sería el que debió de tener temperamento flemático.

Lo que el carácter de la mayoría de los hombres presenta de discordante, de desigual, de incoherente, obedece acaso á que el individuo no tiene un origen simple, sino compuesto de la voluntad del padre y la inteligencia de la madre. Cuanto más heterogéneas y contradictorias hayan sido las índoles de los padres, más considerable será en el hijo el antagonismo interior. Unos sobresaldrán por el corazón, otros por la inteligencia, algunos por cierta armonía y cierta unidad en su ser, procedente de que el corazón y la cabeza se acoplan de un modo tan perfecto, que mutuamente se sostienen y se dan valor, lo cual hace suponer que sus padres estaban hechos el uno para el otro.

Cuanto al aspecto fisiológico de mi teoría, diré que Burdach, aunque admitía equivocadamente que las mismas cualidades morales pueden heredarse indistintamente del padre ó de la madre, añade, sin embargo: «En suma, la influencia masculina es mayor en la determinación de la irritabilidad y la femenina en

la de la sensibilidad (*Fisiología experimental*, vol. I, § 306.)» Linneo, en su *Systema naturae*, t. I, p. 8, dice así: *Mater prolifera promit, ante generationem, vivum compendium medullare novi animalis, sui que simillimi, carinam Malpighianam dictum, tanquam plumulam vegetabilium; hoc ex genitura COR adsociat ramificandum in corpus. Punctum enim saliens ovi incubantis avis ostendit primum cor micans, cerebrumque cum medulla; corculum hoc, cessans a frigore excitatur calido habitu, premitque bulla aerea, sensim dilatata, liquores, secundum canales fluxiles. Punctum vitalitatis itaque in viventibus est tanquam a prima creatione continuata medullaris vitae ramificatio, cum ovum sit GEMMA MEDULLARIS MATRIS a primordia viva, licet non sua ante proprium COR PATERNUM.*

Si ahora, convencidos de la verdad de mi teoría sobre la herencia del carácter paterno y de la inteligencia materna, la relacionamos con las consideraciones anteriormente expuestas sobre las diferencias inmensas que la naturaleza establece entre los hombres, tanto en lo moral como en la inteligencia, así como respecto á la inmutabilidad del carácter y de las facultades intelectuales, tendremos que reconocer que sería posible llegar á ennoblecer la especie humana, empleando no medios externos, sino internos, no tanto por la instrucción y la educación, como por la vía de la generación. Platon pensó en algo semejante á esto, cuando en el libro V de su *República*, expone su curioso plan para la multiplicación y perfeccionamiento de la raza de los guerreros. Si se pudiera castrar á todos los bribones, enclaustrar á todas las necias, proveer de un harem á todos los hombres de carácter elevado y proporcionar maridos que fueren hombres en toda la extensión de la palabra, á todas

las solteras inteligentes é ingeniosas, se vería bien pronto surgir una generación que eclipsaría los tiempos del siglo de Pericles.

Sin insistir demasiado sobre utopías de este género, habría que considerar si se libraría al mundo de generaciones enteras de malhechores, estatuyendo por medio de una ley la castración como la pena más rigurosa después de la de muerte, según se practicó, si no me engaño, en algunos pueblos de la antigüedad. El resultado sería tanto más seguro, cuanto que es probado que la mayor parte de los crímenes se cometen entre los veinte y los treinta años (1).

También habría que examinar si no sería más útil, pensando en las consecuencias, que el Estado dotase en ciertas ocasiones solemnes, no como hoy se hace á las jóvenes más virtuosas, sino á las más inteligentes é ingeniosas: primero, porque es muy difícil juzgar de la virtud; sólo Dios lee en los corazones, según se dice; luego porque las ocasiones de desplegar un noble carácter son raras y dependen del azar, y, por último, porque muchas solteras hallan en su fealdad el más firme baluarte de su virtud. Por el contrario, no es menester un largo examen para juzgar de la inteligencia y puede hacerse sin riesgo de error cuando

(1) Lichtenberger dice en su *Miscelánea* (v. II, p. 443): «Se ha propuesto en Inglaterra castrar á los ladrones. La medida no sería mala; la pena es muy dura y haría despreciables á los penados con ella, pero les deja la facultad de trabajar; si su tendencia al robo es hereditaria, impediría su transmisión. Además afemina, y como el instinto sexual es el que más frecuentemente impulsa al robo, eliminaría ese motivo. Se puede añadir todavía, aunque parezca malicioso, que las mujeres desplegarían mucho más celo para impedir que sus maridos robasen, que en el actual de cosas, pues correrían el riesgo de tener que pasarse sin ellos en lo sucesivo.»

los jueces la tienen. Otra aplicación práctica de mi teoría es la siguiente: en muchos países, entre otros la Alemania meridional, las mujeres tienen la mala costumbre de llevar sobre la cabeza fardos, á veces de considerable peso. Esto debe influir desfavorablemente sobre el cerebro, que debe deteriorarse gradualmente en las mujeres del pueblo, y como de ellas recibe el sexo masculino la inteligencia, el pueblo entero se embrutece cada día más, aunque muchos no lo necesitan. Desterrando aquella costumbre, se aumentaría el capital intelectual en la masa del pueblo, lo cual sería el más precioso incremento de la riqueza nacional.

Dejando á otros estas aplicaciones prácticas, volvamos á nuestro punto de vista especial, que es el de la moral metafísica. Enlazando el contenido del presente capítulo con el del cap. XLI, llegamos á un resultado que, con ser transcendente, descansa sobre base empírica. En todos los descendientes de una raza existe el mismo carácter, ó sea la misma voluntad determinada, desde el antepasado fundador hasta su representante actual. Pero cada individuo ha tenido una inteligencia distinta; es decir, otro grado de inteligencia, otro modo de comprensión. Esto hace que la vida se manifieste á cada uno bajo aspecto diferente; cada cual tiene nuevos atisbos y saca de ellos nuevas enseñanzas. Como la inteligencia perece con el individuo, la voluntad no podría completar el conocimiento en una de las existencias con el adquirido en otra. Pero cada nueva comprensión de la vida, tal como sólo puede operarla una renovación de la personalidad, da á su querer otra dirección, le modifica, en suma, y, cosa esencial, sobre todo, le ofrece una nueva ocasión de afirmar ó de negar la vida.

La ley de la naturaleza, que exige dos sexos para la propagación, de donde resultan las alianzas siempre variadas de una volición con una inteligencia, pone de esta manera las bases de una vía de salvación. La vida presenta así á la voluntad (cuya imagen y espejo es) caras sin cesar nuevas; gira sobre sí misma, por decirlo así, delante de aquélla y le da ocasión de experimentar concepciones cada vez diferentes, á fin de que cada vez pueda, sobre esa base, determinarse por la afirmativa ó por la negativa, cuya vía le queda abierta siempre, con la sola reserva de que, una vez decidida por la negación, el fenómeno cesa para ella con la muerte. Resulta de lo anterior que la perpetua renovación y el cambio completo de inteligencia, es lo que mantiene abierta la vía de salvación para una misma voluntad, descubriéndola cada vez un nuevo aspecto del mundo; pero sabemos también que la inteligencia viene de la madre, por consiguiente, en el fondo de este orden de cosas es donde está oculta la razón, por la cual todos los pueblos (con pocas excepciones, y estas mismas muy inciertas) repugnan y prohíben el matrimonio entre hermana y hermano; no existe tampoco amor sexual entre ellos, salvo algunos casos excesivamente raros, que hay que atribuir á una perversidad contra naturaleza, á menos que no procedan de una ilegitimidad de filiación. En efecto; de una unión entre hermano y hermana tendría que nacer la misma voluntad con la misma inteligencia, tales como estaban asociados ya en los padres; sería, pues, la repetición de un fenómeno existente, sin esperanza de verle modificarse.

Cuando, considerando las cosas de cerca y al por menor, advertimos la increíble, pero evidente diferencia de los caracteres; cuando vemos unos tan buenos y

tan humanos, otros tan malos y crueles, unos justos, honrados, sinceros; otros incorregibles, bribones, llenos de falsía, de hipocresía, de astucia, de perfidia, se abre ante nosotros un abismo de contemplación, pues en vano meditamos sobre el origen de semejantes diferencias. Los brahmanistas y los budhistas resuelven el problema diciendo: «Es la consecuencia de las acciones en una vida anterior.» Esta solución es la más antigua, es también la más comprensible y nos viene de los más sabios entre los hombres; pero no hace más que alejar la dificultad. Sin embargo, difícilmente se encontrará solución más satisfactoria.

Desde el punto de vista del conjunto de mi doctrina, me resta decir que en este lugar en que estudiamos la *cosa en sí*, el principio de razón está demás y con él desaparece al mismo tiempo toda investigación del ¿por qué? y el ¿cómo? La libertad absoluta consiste justamente en que una cosa no esté sometida al principio de razón, puesto que es este el principio de la necesidad; dicha libertad no pertenece más que á la *cosa en sí*, y esta es la voluntad. En su fenómeno, ó sea en el *operari*, la voluntad está sometida á la necesidad; pero en el *esse*, donde se determina como *cosa en sí*, es libre. Así, en cuanto llegamos á este punto, como ocurre ahora, nada podemos explicar por razones y por conclusiones y no nos queda más que decir: aquí se manifiesta el verdadero libre albedrío, esa libertad que pertenece á la voluntad, únicamente en cuanto cosa en sí, pero en cuanto cosa en sí no tiene razón; es decir, no admite *por qué*. A esto se debe el que aquí toda comprensión cesa para nosotros, pues toda nuestra comprensión se funda únicamente en el principio de razón, puesto que consiste en el empleo de ese principio.

CAPÍTULO XLIV

METAFÍSICA DEL AMOR

Sabios, profundos y elevados eruditos;
 Vosotros que sabéis y comprendéis
 Cómo, dónde y cuándo se une todo,
 Porque todo se ama y se acaricia.
 ¡Oh grandes sabios, decidme, pues,
 Aclaradme lo que experimento,
 Explicadme dónde, cuándo, cómo
 y por qué me acontece esto!

BURGER.

Este capítulo es el último de los cuatro que, por sus relaciones múltiples y recíprocas, forman una especie de grupo de segundo orden dentro del presente libro; el lector lo habrá advertido seguramente á poca atención que haya prestado, y yo he creído inútil interrumpir el hilo de mi exposición á cada instante, para referirme al contenido de los capítulos anteriores ó remitir á él al lector.

En todos los tiempos vemos á los poetas ocupados principalmente en pintar el amor. El amor es también el tema principal de las obras dramáticas, tragedias ó comedias, dramas románticos ó clásicos, lo mismo si la acción se desarrolla en las Indias que si acontece en Europa. Lo propio ocurre con casi toda la poesía lírica y épica, sin hablar de las montañas de novelas que desde hace un siglo vienen apareciendo todos los